

**SECCIÓN: BUEU DA COMIENZO HOY A SUS FIESTAS PATRONALES**

**Título.- UN 'TIRO' QUE SALE POR LA CULATA**

**FARO DE VIGO** Data 10-11-1929 Páx.- 8-9 Asina: ESOJ ZID ZAP

En una tenebrosa noche del crudo mes de Febrero.

El cielo invadido de negras y densas nubes, daban a la misma un aspecto temible.

Soplaba un fuerte vendaval que, a veces, cuando venía acompañado de algún chubasco, levantaba las caídas hojas de los árboles esparcidas por el suelo, lanzándolas, en forma de torbellino, a grandes distancias.

A lo lejos se oía el tremebundo ruido que producían las agigantadas olas al estrellarse contra las sufridas e inofensivas peñas.

Por un solitario camino e indiferente al temporal que se dejaba sentir, caminaba con dirección a mi casa pensando en lo feliz que era en aquellos momentos: había logrado, por primera vez que una boquita de virgen con labios de fresa, se unieran a los míos en un dulce ósculo de amor y ternura.

Y meditando sobre lo acaecido momentos antes y tomando mil vanas ilusiones propias de los jóvenes enamorados, me interné por un camino cuyos lados estaban formados por dos grandes declives cubiertos de nutrida maleza que entrelazaban con sus ramas ambos lados dejando el camino en la más completa oscuridad. Eché mano de la linterna eléctrica y seguí camino adelante; llevaría unos treinta pasos andados cuando de uno de los deformes hoyos que existen en una de las pendientes oí un leve ruido producido, a mi parecer, por un pequeño desprendimiento de tierra, y allí enfoqué la débil y opaca luz de mi linterna...

¡Alto! -gritó una gruesa y áspera voz de hombre, aun bien no hube dirigido hacia aquel lado la luz-; entrégume, inmediatamente, todo cuanto dinero lleva en su poder.

Quise hablar y no pude articular palabra, se me estremeció convulsivamente todo el cuerpo y estuve a punto de desplomarme por haber quedado sin fuerzas.

-Que me entregue, repito, todo el dinero que lleve, ¿ha oído?, si no quiere que me tome la libertad de registrarlo -dijo en tono amenazador y decidido-

Mientras esto decía, observé, ayudado por la luz que aún tenía en aquella dirección, que era un hombre de estatura regular y musculoso, tenía una visera negra y con un pañuelo del mismo color, cubría la mitad del rostro dejando visible los ojos y parte de la nariz. En su diestra empuñaba un pequeño cuchillo cuya hoja estaba, en mayor parte cubierta de óxido.

Antes de que volviera a insistir y reponiéndome, aunque no mucho, de la impresión asustadiza que me produjo el encuentro, contesté con cohibida voz: -No llevo más que...

-Todo, todo sea lo que sea -interrumpió el asaltante sin dejarme terminar y con acento nada tranquilizador y terminante;

Intentado estuve a soltarte un garrotazo con un pequeño y grueso palo que llevaba en la mano: pero viendo mi cuerpo cosido a puñaladas si erraba el golpe, desistí de tal propósito.

Eché mano al bolsillo para extraer de la cartera las únicas cincuenta pesetas que tenía en mi poder y dárselas al depravado atracador que, con los ojos extremadamente abiertos, por la codicia, vigilaba todos mis movimientos cual fiera agazapada esperando el momento de lanzarse sobre su presa. Pero... ¡ah!... ¡me ha robado! ¡me ha robado!... exclamé lleno de terror al ver que en los bolsillos interiores de mi chaqueta no había absolutamente nada.

-¡Bandido!, ¡canalla!; ¡me ha robado y aun intenta burlarse de mí!...

Avergonzado de mi mismo por haberme dejado robar tan cobardemente y despechado por la mofa de que era objeto, descargué con tal fuerza un tremendo garrotazo en la cabeza del temerario ratero, que cayó cuan, largo era en el abrupto camino por él escogido para campo de sus fechorías. En aquel momento el destello vivo y efímero de un rayo que cruzó velocísimo el espacio, me dejó como ciego; inmediatamente un gran estampido hizo temblar simultáneamente la tierra; arreció con más bríos el desencadenado vendaval y un fuerte aguacero acrecentó de modo sorprendente as apacibles y sonoras avenidas que corrían impetuosas arrollando cuanto a su paso encontraban.

Satisfecho de mi acción y sin reparar en mis ropas que se estaban impregnando de agua, emprendí de nuevo el regreso a casa.

Quise pensar en mi novia, pero el sentido volaba hacia el malhadado ladrón que había quedado inerte en medio del aciago camino. ¿Lo habría muerto?... ¿Quedaría, por efecto del golpe, sin conocimiento y luego me perseguiría para vengarse? Estas y otras muchas preguntas se atropellaban en mi mente. Ahora si que estaba perdido; si lo había muerto, el remordimiento acabaría con mi juventud antes de tiempo, disipando todas mis ilusiones y alegrías, hundiéndome en el abismo de la devastadora melancolía, si por el contrario, recobraba el conocimiento, me perseguiría por todas partes hasta conseguir saciar su sed de venganza.

Llegué a casa y me acosté. Por más y más que di en cama, no logré deleitarme en los brazos de Morfeo. A la mañana siguiente me levanté temprano y mis primeros pasos fueron encaminados a indagar noticias por si había ocurrido algo anormal. Nada supe, volví a casa satisfecho de que pesaba cargo alguno sobre mi conciencia. Como tenía que salir de viaje, puse el traje dominguero que había puesto el día anterior para asistir a la boda de un íntimo amigo de mi padre. Al abotonar la chaqueta, observé que en el bolsillo interior había un bulto. Eché mano y ... ¡ah!... Había topado la apetecida cartera cuyo perfumado billete de cincuenta 'beatas' estaba intacto. Mi alegría no tuvo límites; ahora comprendía lo que me había pasado: había cambiado la chaqueta porque estaba rota y me olvidé de coger la cartera... Y me acordé al instante del cuitado caco que había dejado patitieso en medio del camino. No pudo, no tuvo tiempo de robarme la cartera como yo creía en aquel momento de obcecación.

Aguijonada por el amor propio, la impremeditación había logrado desviar el 'tiro' del atracador haciéndoselo salir por la culata...

ESOJ ZID ZAP  
Bueu, Noviembre 1929